

### Presentación.

#### *Tres maneras de mirar a Rubio*

Flavia Garione<sup>1</sup>

En esta oportunidad, la sección “Literatura y otras artes” presenta un homenaje a Alejandro Rubio.

Rubio nació en la ciudad de Buenos Aires en el año 1967 y murió hace apenas algunos días. Fue un poeta destacado, preciso y genial. Publicó *Personajes hablándole a la pared* (1994), *Música mala* (Vox, 1997), *Metal pesado* (Siesta, 1999), *Rosario* (Gog y Magog, 2005), *Sobrantes* (Gog y Magog, 2010), *La garchofa esmeralda* (Mansalva, 2012) y *La enfermedad mental* (Gog y Magog, 2012), libro que reúne casi toda su poesía.

Quienes lo hemos leído y frecuentado en lecturas, muestras y reuniones, con más o menos asiduidad, queremos recordarlo mediante anécdotas, conversaciones y poemas. Fernanda Laguna indaga en la memoria digital de esos “chats culmines sobre feminismo”. A Matías Moscardi se le viene a la cabeza el poema “El carancho”. Allí, Rubio arma una escena delirada en la que están Deleuze, Foucault y Derrida borrachos y abrazados sobre un banquito rosa, en alguna plaza porteña. Juan Laxagueborde, por su parte, recuerda otro tipo de escena: un dígalos con mímica que una vez jugaron en una reunión de amigxs. Allí, por algún motivo, una frase queda resonando para trascender tiempo y espacio. Al mismo tiempo, intenta describir lo que parece ser la estética Rubio, caracterizada por “el arte de lo no bueno”.

En estos homenajes afectuosos la poesía aparece como filosofía y pensamiento crítico que taladra sobre

aquello que, a duras penas, llamamos “lo real”. Por mi parte, prefiero recordarlo a través de un gesto pícaro que me causó, en su momento, mucha gracia. En una presentación de un libro, pude ver – quizás como única espectadora– cómo Rubio se metía un libro de una librería muy coqueta en la mochila para luego escapar con el botín. Nada que ver con un robo, fue un acto de justicia.

\*

#### Con Alejandro

Fernanda Laguna<sup>2</sup>

Chateábamos de vez en cuando a través de Facebook a la nohcecita, a eso de las 22. Planeábamos encontrarnos en vivo y directo, pero nunca lo hacíamos. Conversábamos mucho de lo mal que nos sentíamos, sobre política, sobre Belleza y felicidad Fiorito. Tuvimos nuestros chats culmines sobre feminismo, el machismo en cada unx de nosotrxs y en el mundo de la poesía. Me sorprendía su interés por deconstruirse, para imaginar nuevas formas de ser. Cuando le leí el poema “Terminaron los 90” a él le gustó esa cosa punk que tenía y se sentía aludido, pero lo tomaba con “naturalidad”. Nos interesaba ponernos a prueba el uno con la otra, era divertido. Yo que sé, sobre todo queríamos algo bueno para el otrx. Había cariño.



Festival de Poesía de Rosario, 2003.

\*

### Homenaje a Rubio

Matías Moscardi<sup>3</sup>

Conocí a Alejandro Rubio en 2005, en la segunda edición del festival Salida al Mar, que en aquella época organizaba, si no me equivoco, Cristian De Nápoli. Por ese entonces yo tenía el pelo largo y una apariencia que podríamos llamar “metalera”. Antes de una lectura en el Instituto Goethe, estábamos hablando con Alejandro de no sé qué y, en una especie de raptó de inspiración, de la nada, Rubio me dio unas retumbantes y eufóricas palmadas en la panza y dijo: “¡Qué bombo peronista, Matías!”. Y largó una carcajada como un golpe de platillo.

Yo había leído, en una materia que daba Ana Porrúa en la Universidad de Mar del Plata, sus libros *Música Mala* y *Metal Pesado*. Fue en el primer año de la carrera de Letras. Tenía 19 años. Entre mis amigos nos cagábamos de risa con los poemas de Rubio. Eran como

clásicos para nosotros porque –como todo clásico– eran lo primero y lo único que habíamos leído.

Por ejemplo, mientras escribo esto, me viene a la cabeza su poema “El carancho”. Ahí aparecen Deleuze, Foucault y Derrida en pedo total, abrazados sobre un banquito rosa, en una plaza porteña, por la madrugada, entonando un canto de cancha “como el que entonan las hinchadas/ cuando el partido languidece” (9). Solo mucho tiempo después leeríamos a Deleuze, Foucault y Derrida. Pero ya era imposible no imaginarlos así, como en el poema de Rubio, en pedo total, pasados de rosca en medio de la noche. Para mí, el posestructuralismo es eso.

Lo vi dos veces más. Una, en la presentación de *La enfermedad mental*, en 2012, a la que fuimos con Matías Heer y Tomás Fadel. En esa ocasión lo escuché leer en vivo por primera y única vez. Me quedó grabada en el oído su voz carrasposa, como un vinilo granulado en el cerebro. La última vez fue en 2017 – hace siete años–, en la presentación de un libro doble que sacamos por Club Hem con Luciana Caamaño. Esa noche charlamos un buen rato. Rubio había ido con Martín Gambarotta. Hablamos del verso “Me recontra cago en la rechota democracia”, un alejandrino perfecto.

Eso es todo. No mucho más. Podría decir, hablando con rigor, que no conocí a Alejandro Rubio. Pero quizás hay algo en su poesía –el tono con el que habla un amigo barbero y entrañable– que, si sumamos esos tres momentos cortitos de carne y hueso, me dejan la sensación expansiva de haberlo conocido.

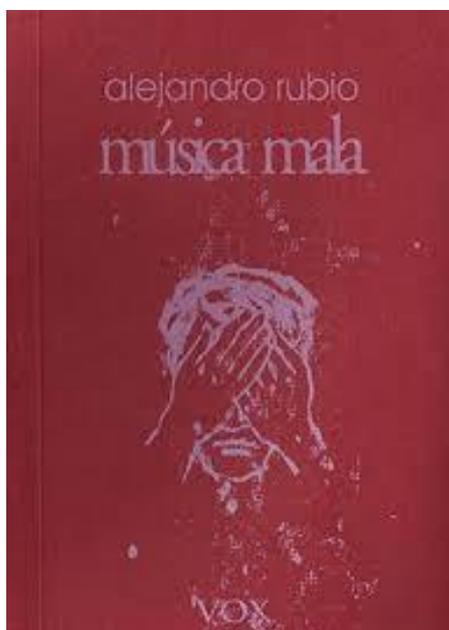
Hay un poema hermoso de Amy Levy –poeta británica judía del siglo XIX– que se llama “A un poeta muerto”. Creo que es una buena despedida. Dice así:

No sabía si reír o llorar;  
Se sentaron y hablaron de vos.  
“Fue acá donde se sentó; ¡Fue esto lo que  
dijo!  
Era esto lo que solía hacer”.

“Acá está el libro que leyó,  
la habitación donde estuvo;  
“Fue un gran hombre” (dijeron)  
“tales cosas pensaba y sentía”.

Me senté y me senté, no me moví;  
Hablaron y hablaron.  
Me quedé muda como una piedra,  
No tenía nada que decir.

Hablaron y hablaron; como a una piedra  
Mi corazón creció en mi pecho.  
Yo, que nunca había visto tu cara.  
Quizás yo te conocí mejor. (2023: 47)



*Música mala*, 1997. VOX.

\*

### Alejandro Rubio, el arte de lo no bueno

Juan Laxagueborde<sup>4</sup>

Alejandro Rubio escribía para adelante, negando, en contra, tomando mate, fumando y mascullando para equilibrar la expresión, para hacer algo con el resentimiento, como decía Masotta. Para redimir en el arte la ira, la injusticia y la literatura mala. A veces descreía de todo esto, de las misiones y funciones, de los para qué, y entonces parecía que su ámbito literario era el humor, reírse de todo, del poeta, del lector, del libro, de la familia, de la política, de la amistad, del sexo y de la religión. Tensión política, justicia, humor, moral y verdad puede que hayan sido las facetas que fue formando y deformando para dar con los versos justos y dejar siempre una parte del lado imperfecto, mugriento, que retomaba luego para seguir escribiendo desde ahí. Supo ser un asceta del verso barroco pulido, un formalista de miniaturas, un musical, un tratadista de sentencias ajustadísimas, un cronista de lo que se pudre. Frente a la lírica y la belleza sin errores, a las que detestaba, escribía hacia la verdad. En el fondo creía en ella, pero, como solía enseñar, cuando estaba a punto de agarrarla la aplastaba para salir del encanto. Este poema de *Sobrantes* grafica lo que me parece, se llama “Lapsus”:

Como el niño que ante la psicóloga /  
traza dibujos opacos que para ella  
revelan / el núcleo precioso de sus  
conflictos, / César pronunció la palabra y  
retrocedió. / Silencio en la mesa, rápidas  
miradas / al reloj de pared que marcaba

la una; / sobre la inquietud el tiempo volaba, / un águila llevando entre sus garras / hacia su nido recóndito el cordero de la verdad. (2010: 45).

Fue también un polemista de los que ya no hay y un ensayista sui generis, con ideas sacadas de un análisis político y estético por igual, manchados uno sobre el otro. Sus reseñas en la revista *Inrockuptibles*, los ensayos en *Mancilla* y las intervenciones bajo el seudónimo Maiakovski en los blogs forman la estructura perfecta de un estilo que se descubre al interior de esa manera crítica, de la que no es fácil decir qué formaba, pero sí qué desmontaba. Hacía valer una lengua rota porque lo real estaba roto. No creía en el habla sagrada. Parecía tolerar el dolor en su justa medida.

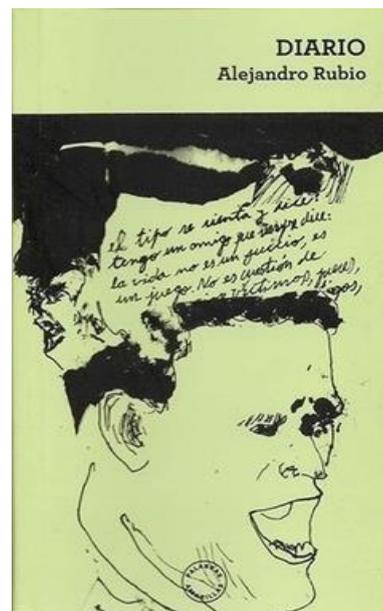
Una noche, en algún tipo de festejo en un departamento, jugábamos al “Dígalo con mímica”. La particularidad era que los temas a imitar eran libres, no se trataba de películas, sino de cualquier escena que se nos viniese a la cabeza. En un momento me tocó hacer la mímica a mis compañeros de grupo para que adivinaran y Rubio era el encargado de dictarme lo que tenía que hacer. Me apartó del grupo, se tapó la boca con la mano derecha, se acercó a mi oído y me dijo: “Ir un domingo a la mañana a comprar una torta de ricota a la panadería”. Supongo que la naturaleza de ese enunciado indica bastante el tipo de frases, de ideas, de escenas que Rubio construía: una mezcla desbalanceada entre luz y oscuridad. “Nueve partes de oscuridad y una parte de luz”, le oí varias veces recetar a la hora de pensar lo que él mismo escribía. Tal vez por esto no puedo dejar de escuchar su voz mientras me decía la mímica y de entender la indicación en medio del juego como una condena, como si en esa escena cotidiana

estuviese la piedra en el zapato de la vida tonta que llevamos sin darnos cuenta, una especie de alienación inofensiva que advertimos cada tanto pero que está presente hasta en los hechos más tranquilos. Así como está occidente, la historia, la Argentina, Buenos Aires y todos nosotros, así como estuvimos y estaremos, parece decirnos Rubio, comprar una torta de ricota un domingo a la mañana puede ser un evento diabólico a descifrar.

Rubio le dijo una vez a Mariela Gouiric que la poesía trata sobre lo que anda mal. En esa definición, prácticamente una doctrina, se levantaba su sistema de poleas moral, su “realismo moral” como decía. Es así que su lucha era contra todo realismo que no viese en las cosas unos fantasmas patéticos, un atontamiento que sus personajes sufrían cuando no ignoraban. Cultivaba un humor destructivo, que está presente en casi todos sus poemas, acompañando sardónicamente a la obra general, en la que no creía del todo, pero a la que reconocía como propia, mental y enferma. De ahí que la autoconciencia de Rubio sabía avanzar sin conocer el retroceso, con una fuerza enclenque autodirigida, como un pintor minimalista que arruina la perfección con colores sacados de una paleta tropical y una pasada de pincel gruesa, chorreante y asquerosa. Quiero decir que Rubio sabía manejar sus propios hilos y subirse el precio luchando contra algunos lugares comunes a los que les cortaba una pata. ¿Realismo social? Nunca. ¿Resistencia? Nunca. ¿Buenismo? Nunca. ¿Romanticismo? Nunca. Nada de eso, pero sí afirmación de la poesía como parte de una vida social en total dañada, compuesta de moralistas, solemnes, sublimadores y tantos más, como anota en el epílogo de *La enfermedad mental*. ¿Pero no era Rubio un moralista? Era

parte de la cuestión moral, entraba y salía. La discutía con la certeza de estar bañado de ella, sin afueras. Sabía interrumpirla como nadie y se reía maliciosamente sobre la primera plana moral. Perteneció a algún espacio más lateral, a un moralismo disolvente porque también era un francotirador, un solo. El último justicialista o el primero. De ahí que cuando decía “moralistas” parecía estar haciendo el último movimiento de su dialéctica del mal para negarlo todo y dar paso a una afirmación de igual manera oscura: Rubio solo creía en ese lema peronista tallado en piedra: “La felicidad del pueblo”. Era misántropo hasta las más geniales ocurrencias, porteñísimo y jodón con todo, pero ante ese enunciado se ponía serio. Lo último que publicó fue un relato que se llama “Moral” y que termina así:

Aún como moralista fracasado estas páginas pueden no haber sido en vano si no pierdo el pulso y me abstraigo del dolor de mis dedos y planteo un desenlace, lógico, conclusivo. Aún si ahora, creyendo estar en mi casa frente a mi máquina, creyendo ser yo, no soy más que un espantajo atrapado en las fauces del caos para que otro que se animó a demasiado me presencie como un objeto más en la vorágine de lo temible, sigo sintiéndome por dentro, con todos los recuerdos e imágenes escritos hasta ahora, así que creyendo erróneamente ser yo, soy indudablemente yo. (2021:14).



*Diario*, 2009. Santiago de Chile.

Rubio escribió en un zaguán que mediaba entre un afuera con escalas que iban de las veredas de Villa Devoto a Stalingrado y un adentro que era el círculo vicioso de una clase trabajadora volteada, vencida, desmitologizada, a la que retrató, retocó y parodió al borde del marasmo. Además, escribió muchas veces bajo la forma marasmo. Sus poemas pudieron ser ornamentados y secos, civiles y agónicos. El marasmo está por venir, si no es que estuvimos siempre en él, si todo esto no es su consecuencia también. Esa es la antipromesa de su literatura. Si abrimos su libro *Diario*, donde todas las entradas son del 7 de mayo de 2007 -aniversario sin decirlo de la muerte de Evita- Rubio fabula desde el materialismo bajo la lámpara del peronismo de izquierda, del de centro y del de derecha, atravesado por los dictámenes de su héroe Nietzsche, tocando lo que le pasa por al lado para decirlo exhaustivamente y marcando con estilo los desafueros de un partisano en chancletas, un partisano muy fino también: “No venganzas

fantaseadas, sino una representación de la venganza que sea ella misma la venganza”. Páginas antes le había entregado referencias burlescas en paquete a la clase media que se indigna con el estado de las cárceles, a la CIA, a los cuarentones que recién se separan, a los profesores que se inquietan y se mueven por su propio ego... Antes aún había escrito los dos renglones que presentan toda su estética de la violencia como éxtasis: “La quintaesencia del espectáculo es la ejecución en la plaza pública”. Diario es una noticia. Es la demostración de que se puede escribir sin miedo una literatura que dé miedo pero que también deje entrar las zonas grises, la sinrazón, el agujero negro de lo no importante y la violencia general que aparece y desaparece, se traba y se destraba en toda su obra.

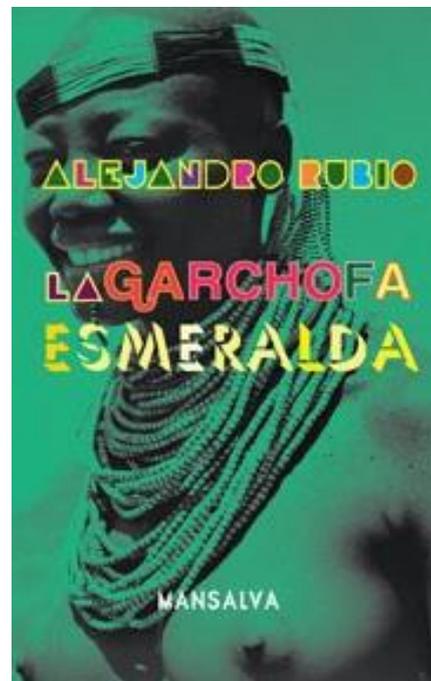
La suya es una literatura no realista pero leal, realmente leal. ¿A qué? A una propuesta moral, verdadera e inventada que se le escapaba y lo ponía en movimiento. Pudo decir entrecortado lo que vio en la calle y en las leyendas, como su poeta preferido Leónidas Lamborghini. Pudo decir derretido y perlado lo más tremendo, como su otro poeta preferido Néstor Perlongher. Supo ser un gran amigo de sus amigos, un admirador de poetas contemporáneos y un circunspecto discutiendo con sus maestros. Rubio enlazaba gente, apostaba a novedades aunque después pudiese defenestrarlas, tenía una atención voraz y comedida. Mediaba entre lenguas, estilos y estirpes de personas distintas. Era generoso y sagaz.

En *Diario* leemos este pedido: “Ahora escribamos un amanecer tal cual es”. Escribí este ensayo con la sensación de que esta frase esconde un secreto que se volvió más nítido a medida que lo iba escribiendo. Quiero recordar a Rubio como un vitalista que decía no tener nada

que perder y que nos enseñó algo que sobrevuela toda su obra: una suerte de claridad opaca, decidida y estoica de la que no me voy a olvidar nunca.

### Referencias bibliográficas

- Rubio, A. (1997). *Música Mala*. Buenos Aires: Vox.
- Rubio, A. (2007). “Alejandro Rubio: hacia la justicia”. Entrevista realizada por Ana Mazzoni, Damián Selci, y Violeta Kesselman, *Revista Planta* N°2.
- Rubio, A. (2009). *Diario*. Santiago de Chile: La calabaza del Diablo.
- Rubio, A. (2010). *Sobrantes*. Buenos Aires: Gog y Magog.
- Rubio, A. (2012). *La enfermedad mental*. Buenos Aires: Gog y Magog.
- Rubio, A. (2021). *Moral*. Buenos Aires: Ascasubi.



*La garchofa esmeralda*, 2012.

---

<sup>1</sup> **Flavia Garione** es poeta y profesora en Letras. Dicta las materias Taller de Oralidad y Escritura I y el Seminario de Poesía Latinoamericana “Contra la lagrimita” en la UNMDP. Organiza con sus amigxs desde 2011 el Festival de Poesía de acá en la ciudad de Mar del Plata. Escribió distintos artículos sobre poesía argentina contemporánea y música. Organiza los ciclos FLR (Frente de liberación del ruido) y Runrún. Publicó los libros *Museo Local* (Sacate el saquito, 2012); *Mi mente es como un dj malo* (Neutrinos, 2013); *Se oyen gritos de chicas por las noches* (Caleta Olivia, 2019); *Lumpenproletariado* (Triana, 2019).

<sup>2</sup> **Fernanda Laguna** es artista plástica, escritora, ensayista y curadora. Fundó junto a Cecilia Pavón el centro de arte y regalería Belleza y Felicidad (1999). A lo largo de los años conformó numerosos espacios de reunión y arte. Desde 2003 sostiene Belleza y felicidad Fiorito. Actualmente dirige el espacio Para vos, Norma mía. Participó en exposiciones individuales y colectivas. Sus obras fueron adquiridas y exhibidas por el Museo Reina Sofía y el Guggenheim, entre otros. Publicó *Me encantaría que gustes de mí* (2006), *Dame pelota* (1999), *Control o no control* (2012), *Sueños y pesadillas* (2016). Sus poemas fueron traducidos al inglés y al chino mandarín.

<sup>3</sup> **Matías Moscardi** es Investigador asistente del CONICET y doctor en Letras por la UNMDP, donde trabaja como docente de la cátedra Taller de Oralidad y Escritura. Publicó los libros de poesía *Los círculos del agua* (Dársena3, 2006), *Pluvia* (Vox, 2007), *Una, dos comadreas* (Vox, 2010), *Los sapos* (Sacate el Saquito, 2011), *Bruma* (Vox, 2012), *El ansia* (Neutrinos, 2013), *Los misterios del punk rock* (Neutrinos, 2015) y *Strobel Street* (Club Hem, 2016). En narrativa, es autor de las novelas *Mediopelo* (Puente Aéreo, 2013), *Las Cosas* (Clase Turista, 2014) y *Las palabras* (Puente Aéreo, 2016), del cuento “Salmón rosado” (Cuentos María Susana, 2020) y del libro *¡El Gran Deleuze! Para pequeñas máquinas infantiles* (Beatriz Viterbo, 2021). Escribió junto a Andrés Gallina *Diccionario de separación. De Amor a Zombie* (Eterna Cadencia, 2016) y *Guía maravillosa de la Costa Atlántica* (Sudamericana, 2022). En ensayo, publicó *La rosca profunda y otros ensayos* (Prebanda, 2018).

<sup>4</sup> **Juan Laxagueborde** es crítico de arte y Licenciado en Sociología por la Universidad Nacional de Buenos Aires. Es docente de la UBA y de la Universidad Nacional de las Artes. Forma parte del grupo editor de la revista *Segunda época* y entre 2011 y 2018 fue miembro del comité editorial de la revista *MANCILLA*. Colabora habitualmente en el blog colectivo *Victorica*, y en el suplemento Radar, de *Página/12*. Su último libro publicado es *Tres personas: Bignozzi, Cantón, Vivanco* (Iván Rosado, 2019).